

Cristóbal José Baqués Almirall

* Olesa de Bonesvalls (Barna.) - 20 marzo 1885
† Barcelona - 20 agosto 1936

D. Cristóbal nació en Olesa de Bonesvalls, provincia y diócesis de Barcelona, el 20 de marzo de 1885.

Su familia era ejemplar, de posición económica modesta, pero muy estimada en el pueblo por su honradez. En casa se vivía en un clima de sencilla y auténtica espiritualidad cristiana. Tenía dos hermanos, Marcelino y María.

Cristóbal, ya desde pequeño, tenía gran devoción a la Virgen en honor a la cual adornaba con flores una pequeña imagen y celebraba el mes de mayo. Y siguiendo la devoción eucarística que le inculcaron, construía pequeñas capillas para rezar.

La primera comunión la recibió estando ya en el Seminario de Barcelona donde ingresó a los diez años, "deseoso de ser cura de pueblo, para poder decir misa, predicar y enseñar el Catecismo a los niños", según contaba él mismo. Fue uno de los alumnos más brillantes del Seminario, por sus virtudes y talento, pero al mismo tiempo era sencillo y humilde.

Terminados los estudios en el Seminario de Barcelona pasó a la Universidad Pontificia de Tarragona donde se doctoró en teología.

El día 13 de junio de 1908 fue ordenado sacerdote en Barcelona, e inmediatamente se ofreció como operario auxiliar al Beato Manuel Domingo y Sol. Estuvo dos años como prefecto en el Seminario de Tarragona. Al cabo, solicitó formar parte de la Hermandad y se consagró el día 24 de septiembre de 1910.

Su misión fue siempre la de formador de seminaristas en diversas diócesis. En 1910 fue destinado al Seminario de Segovia como administrador, pero echaba de menos el trato directo con los semi-

naristas. Por eso, en 1914 regresó como formador del Seminario menor de Tarragona; en 1918 fue trasladado al Seminario de Córdoba, donde permaneció dos cursos. De 1920 a 1928 fue formador de teólogos en el Seminario de Barcelona. Luego estuvo dos cursos en el Seminario menor de Jaén en Baeza, donde se resintió su salud en 1929. Y de nuevo regresó a Barcelona el curso 1930-1931. Y allí permanceció hasta su martirio.

Sus alumnos lo definen como exigente. Era muy valorado por su competencia y por su dedicación a la formación de los futuros sacerdotes. Le gustaban especialmente las ciencia naturales y el latín. Su mismo estilo de vida, austero, piadoso y al mismo tiempo humilde, sencillo y siempre sonriente, llamaba la atención de los seminaristas. Transmitía su espíritu de fe y de oración por gran fortaleza y dominio de sí y por su conformidad con la voluntad de Dios. Su misma forma de celebrar la eucaristía era edificante.

Un antiguo alumno de Barcelona, D. Jaime Armengol, en su libro *Un Seminario mártir,* traza con buen estilo y devoto entusiasmo la semblanza de D. Cristóbal con estas palabras: "La vida interior de D. Cristóbal fue la práctica continua del supremo ideal del apóstol San Pablo: darse todo a todos, para ganarlos a todos para Cristo. Este ideal informó toda la labor de su fecundo ministerio sacerdotal, en la ardua tarea de la formación de los futuros ministros del Señor. Para la realización de este ideal, sacrificó intereses y medros personales, temperamento y la misma salud, ejercitándose, día tras día, en la práctica de la amabilidad, paciencia y humildad, virtudes bastante contrarias a su natural carácter. Esto supuesto, fácil es comprender su preocupación y continuo desvivirse (que tanto le caracterizaba) en pro de la formación de los seminaristas que estuvieron a su cargo. Por los seminaristas estudió, por los seminaristas rogó y se sacrificó, y por ellos ¿por qué no decirlo? dio su sangre".

Se recuerdan de D. Cristóbal todos aquellos métodos pedagógicos que él puso en práctica y que se conservan en la memoria histórica de los Seminarios por donde él pasó: las lecciones dadas en privado a los alumnos menos aventajados; las pláticas semanales; sus advertencias, mezcladas, al mismo tiempo, de cierta aspereza y bondad, que tantas veces hacían llorar al alumno que las recibía y al mismo D. Cristóbal, cuando veía que el alumno reconocía su fal-

ta y le pedía perdón conmovido. D. Cristóbal era un gran maestro y pedagogo. Al párroco de Cervelló, mártir también como él, cuando le preguntó por qué se había hecho sacerdote operario en lugar de dedicarse al ministerio parroquial, sobre todo estando en aquel momento su madre en estado tan precario, le respondió: "Porque el ser operario ha sido siempre mi vocación desde que comprendí lo que era el sacerdote". Este párroco recordaba que durante la enfermedad que padeció a mediados del curso 1929-1930, horas después de haber recibido el viático le dijo: "Jaime, no sabes lo contento que muero y la satisfacción que experimento al pensar que toda mi actuación, desde que fui ordenado sacerdote hasta la actualidad, no ha sido otra que la de formar dignos ministros del Señor, sin reservarme nada, ni tener otro interés que el de dar a Dios la máxima gloria". Este amor al Seminario y a los seminaristas era tan grande que, incluso durante los veranos, su mejor lugar de descanso era el Seminario.

Quizás por eso, la guerra civil le sorprendió en el Seminario de Barcelona, de donde pudo salir, junto con los demás formadores, la noche del 19 de julio de 1936, logrando esconderse en casa del señor Virgili, fontanero del Seminario, y luego con unas familias amigas, la de la señora Carmen Odesa, y más tarde la del señor Odena, donde estuvo unos quince días. A pesar de sus fundados temores, no dejó de hacer todo el bien que pudo, celebrando, confesando y llevando la Eucaristía a las familias y personas conocidas.

A medida que iban pasando los días y se acrecentaba en Barcelona la persecución, la barbarie y el fusilamiento de sacerdotes, así que se marchó de la casa de sus amigos y se alojó en la pensión "La bien servida" esperando pasar inadvertido. Sus amigos habían buscado un salvoconducto y medios de transporte para salir de España, pero no lo aceptó.

Tenía ocasión de encontrarse frecuentemente con su anciana madre, de setenta y seis años de edad, en un convento de la ciudad, y con su hermano Marcelino, que trabajaba en Barcelona. Al verlos llorar de pena por su situación, los alentaba diciendo: "Pero ¿por qué lloráis? No temáis, pues si Dios quiere, no me va a ocurrir nada de particular, y además, si algo me ocurriera, todo lo más que podrían hacerme es quitarme la vida, y entonces, derecho al cielo".

Denunciado por la portera de la pensión a mediados del mes de agosto de 1936, fue detenido por elementos de la FAI. Lo llevaron ante el Comité para tomarle declaración y luego lo devolvieron a la pensión, encareciendo al propietario que lo vigilase hasta que ellos llegasen. Al anochecer, fueron a buscarlo y lo llevaron a La Rabasada donde lo fusilaron. El era el día 20 de agosto.

D. Cristóbal no tenía enemigos personales; nadie podía tener nada contra él. Tampoco se metió nunca en política. Le mataron por ser sacerdote.

Su cadáver estuvo después en el depósito del Hospital Clínico, donde lo vieron algunos seminaristas. Al tener noticias de su suerte, también fueron al Hospital su madre y su hermano, y les entregaron una fotogafía tomada por los milicianos después de su muerte. Sin embargo, al alcabar la guerra, fue imposible localizar sus restos.

ORACIÓN PARA OBTENER GRACIAS

Padre de bondad,
que con la sangre de tus sacerdotes
Cristóbal Baqués Almirall y compañeros,
fecundaste su labor apostólica,
orientada de manera especial a la formación sacerdotal,
concédenos, por su intercesión,
abundantes vocaciones para dispensar tus misterios,
fidelidad en el servicio de tu Reino,
y la gracia que te pedimos por su intercesión.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Para comunicar gracias recibidas o enviar limosnas:

Sacerdoti Operai Diocesani
Via della Cava Aurelia, 145
I-00165 ROMA

Sacerdotes Operarios Diocesanos
Vallehermoso, 38, 1.º
E-28015 MADRID